

El cambio climático: una realidad difícil de asumir

El cambio climático es así: es difícil pensar en él durante mucho tiempo [...] Lo negamos porque tememos que, si dejamos que nos invada la plena y cruda realidad de esta crisis, todo cambiará
Naomi Klein¹

La escala que ha alcanzado la actividad humana, alimentada desde el inicio de la revolución industrial por los combustibles fósiles, es la principal causa de que los gases de efecto invernadero (GEI) se acumulen en la atmósfera desestabilizando el clima del planeta. Esta acumulación de gases indica, en primer lugar, que se ha superado la capacidad de absorción de los sumideros naturales y, en segundo lugar y como corolario, que probablemente los problemas vienen hoy planteados –en mayor grado y urgencia– más desde los límites de la capacidad de vertedero del planeta que desde sus límites para proveernos de recursos.

Apenas ha transcurrido un año desde la celebración de la 21ª Convención Marco de Naciones Unidas sobre el Cambio Climático en París y, pese a los acuerdos alcanzados y que todas las alarmas se han encendido, nada indica que la loca carrera hacia la ganancia, la lógica productivista y el impulso consumista del capitalismo se hayan atenuado

¹ N. Klein, *Esto lo cambia todo*, Paidós, Barcelona, 2015, pp. 16-17.

lo más mínimo. Vivimos instalados en una profunda contradicción: cuando mayores son las evidencias del problema menos hacemos por su resolución.

Seguramente no existe una explicación sencilla de esta contradicción. Sin embargo, algo ayudaría si empezásemos por reconocer en el cambio climático el principal conflicto ecosocial de nuestros días. No solo es un problema ambiental, también es el punto de encuentro de expectativas, valores e intereses antagónicos. Aunque terminará por afectarnos a todos, ni las responsabilidades son equiparables ni ante los efectos todas las personas son igual de vulnerables. Si los mayores responsables (los ricos) son los que menos temen el problema debido a que disponen de una fortuna –amasada en buena medida gracias a que el precio de contaminar es cero– que les permite protegerse de sus peores efectos, y si los que menos han contribuido al problema (los pobres) son los que más lo sufrirán precisamente por todo lo contrario, parece difícil esperar la misma disposición a encontrar y respetar un acuerdo que satisfaga a todos en forma y plazo.

Y lo que es lo más importante, hay quien ni siquiera ve en este conflicto una amenaza real a sus *Business as usual* sino, más bien, nuevas oportunidades para seguir cosechando beneficios, pues aunque resulte claro que el deterioro ecológico afecta a las condiciones para la continuidad y desarrollo de la vida humana en una comunidad civilizada, es más dudoso que, al menos a corto y medio plazo, cierre las posibilidades de la acumulación capitalista si tenemos en cuenta la capacidad que muestra este sistema económico de lucrarse en medio de la devastación. El ahora denominado «capitalismo verde» se entendería mejor (y provocaría menos entusiasmos) si fuéramos capaces de mostrar que no es más que la expresión de cómo opera este sistema económico en medio de la destrucción que provoca. Pocos lo han expresado mejor que Eduardo Galeano: «La salvación del medio ambiente está siendo el más brillante negocio de las mismas empresas que lo aniquilan»;² y expone a continuación los ejemplos de General Electric o DuPont que, encontrándose entre las empresas más contaminantes del mundo, han desarrollado divisiones muy lucrativas centradas en el desarrollo de equipos para el control de la contaminación del aire y servicios para el tratamiento de residuos industriales.

Así pues, nos encontramos en medio de un conflicto profundamente desigual y prolongado, pero en el que resulta muy difícil, si acaso imposible, identificar de forma inmediata y con suficiente precisión quienes son los damnificados y quienes los responsables. Para poder hacerlo se necesita recurrir, entre otras cosas, a la historia y a un puñado de conceptos (como el de la justicia ambiental, la deuda y la huella ecológica, la biocapacidad equitativamente distribuida o los *global common*) para clarificar cómo los procesos de apropiación y destrucción del espacio ambiental común por parte de unas personas generan despose-

² E. Galeano, *Patas arriba*, Siglo XXI, Madrid, 1998, p. 196.

sión y expulsión en otras. Pero, desgraciadamente, estas nociones brillan por su ausencia en el espacio público, por no decir en los debates políticos, por lo que la dificultad de visualizar este conflicto entre la ciudadanía se ha convertido en uno de los principales elementos de bloqueo para lograr una respuesta que se encuentre a la altura del desafío que plantea el cambio climático.

Que eso sea así es una victoria del poder y de la ideología dominante, y no solo el resultado de la dificultad de comunicar información y conocimiento relevante. El desigual reparto de poder siempre subyace en cualquier conflicto, de modo que no haber logrado hacer a tiempo lo necesario para reducir las emisiones de GEI tiene más que ver con que ese logro entra en conflicto radical con el capitalismo y sus estructuras de poder que con cualquier otra cosa. Ahora bien, una vez dicho esto, conviene prestar atención a esas otras cosas que también influyen en la percepción social sobre el cambio climático y en las contradicciones que manifiestan nuestros comportamientos.

Posmodernidad y posverdad

Comencemos por el clima cultural que impera desde hace más de tres décadas: el posmodernismo. Hacia el final de los setenta del siglo pasado se hace patente la mayoría de las fuerzas que han terminado por conformar el mundo actual: la presión demográfica y las primeras crisis globales de recursos, el inicio de la hegemonía neoliberal, el avance de la globalización o la aparición del ordenador personal como aparato doméstico. Estos cambios sociales, tecnológicos, políticos, económicos y ecológicos, en un contexto cada vez más turbulento, se vieron acompañados de una nueva tendencia sociocultural que, en el plano filosófico, se caracterizó por una crítica demoledora al “mito” de la razón ilustrada.

No bastaba con reconocer la existencia de límites en la manera de aproximarnos y comprender la realidad (sesgos cognitivos, socioeconómicos, inconscientes o lingüísticos) que hacen del conocimiento una verdad provisional, condicionada y situada en su contexto histórico. Ni parecía suficiente la oportuna crítica a la racionalidad instrumental como colonizadora de otras dimensiones de la razón. Seguramente no faltan motivos para ir más lejos en la crítica a la razón dominante,³ pero la traducción que esto ha ido teniendo en el plano político y cultural es preocupante. En el político porque la crítica posmoderna a los grandes relatos ideológicos, al espíritu utópico y a la voluntad emancipadora ha conducido hacia una micropolítica desencantada en la que priman los elementos emocionales y estéticos sin capacidad real de contrarrestar la hegemonía neoliberal. Ello ha suscitado que Fredric

³ Y es muy aconsejable en este sentido la *Crítica de la razón indolente* [Desclée de Brouwer, 2003; accesible en internet] de Boaventura de Sousa Santos.

Jameson se pregunte si el posmodernismo no será sino la lógica del capitalismo avanzado,⁴ o que Richard Wolin sostenga que la posmodernidad expresa la claudicación cultural frente a los imperativos del sistema.⁵ En el plano sociocultural, ha favorecido que se expanda por la sociedad un talante que, bajo la apariencia de apertura y tolerancia, asume posiciones subjetivistas en las que el único patrón para evaluar el valor de un juicio son las preferencias subjetivas de cada individuo.

De esos polvos, estos lodos. Se dice que estamos en la era de la *posverdad*, por la poca importancia que hemos decidido conceder a la información contrastada y de calidad y, sobre todo, por el rechazo a aquellas verdades que son inconvenientes o no se ajustan a la visión de la realidad que se desea. Poco importa que un enunciado pueda ser contrastado o refutado por la experiencia porque lo que cuenta son las emociones y las creencias personales. La distorsión de la información y la transmisión de bulos siempre han existido, pero la diferencia es que ahora se encuentran amplificadas con la ayuda de las redes sociales, y todo el mundo –no solo unos cuantos periodistas y medios de comunicación controlados por el capital o por el poder político– puede contribuir a su desarrollo. Es cierto que la propia ambigüedad de esas mismas redes sociales podría permitir lo contrario, pero la lógica con la que se incorpora el *big data* y los algoritmos en la gestión de la información nos alejan de esa posibilidad dado que los contenidos se seleccionan, más que por su veracidad, por el impacto social que puedan alcanzar. En las redes sociales da igual que una información sea verdadera o falsa para que sea leída y valorada y, sobre todo, compartida (convirtiéndose en un fenómeno viral), pues no actúa el criterio de selección de un editor ni el conocimiento de un experto o la trayectoria profesional de un periodista sino un algoritmo que solo premia la interacción entre los internautas y la intensidad de los “me gusta”.

Infantilismo consumista

La persona que se mueve a golpe de emociones y por aquello que le gusta en cada momento refleja una personalidad básicamente infantil. La mayor expresión de infantilismo la encontramos actualmente en el consumidor posmoderno, que siempre tiene la razón y debe estar contento y entretenido. La sociedad de consumo es el escenario de la *posverdad* y el consumismo la ideología que más activa en nuestro tiempo la irresponsabilidad general que se respira en el ambiente. Y para que esta dinámica sea difícilmente contrarrestable, se necesita despojar a la realidad de cualquier consistencia pues, como se sabe, no hay más realidad que la que surge del deseo. Sin importar, por supuesto, que ese deseo nos venga manufacturado y sea la fuente permanente de la insatisfacción que tanto agita al consumidor infantilizado.

⁴ F. Jameson, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona, Paidós, 1991.

⁵ R. Wolin, «Modernism vs. Postmodernism», *Telos*, December 21, 1984, pp. 9-29.

Sesgos, inercias y obstáculos en la percepción del cambio climático

No acaban ahí las dificultades para afrontar un desafío de la magnitud y urgencia como el que nos plantea el cambio climático. Ciertamente el contexto cultural posmoderno poco ayuda, al relativizarlo todo y ofrecer únicamente “débiles repuestas” a “fuertes problemas”. Y, desde luego, mucho entorpece la cultura consumista al disolver responsabilidades infantilizando y embelesando al consumidor. Pero hemos de vérnoslas también –como ilustran los artículos que componen el Especial de este número de *PAPELES*– con nuestras limitadas capacidades cognitivas para percibir sucesos cada vez más complejos e impredecibles; con sesgos en el quehacer científico que infravaloran el riesgo y sobredimensionan la incertidumbre; con tonos y estrategias comunicativas no siempre acertadas; con inercias mentales que nos impiden cambiar de rumbo ante verdades dolorosas; con trampas mentales y autoengaños en que incurrimos con frecuencia al tratar de resolver dilemas incómodos (como el del zorro que no puede alcanzar las uvas y concluye, para evitar herir su amor propio, “que están verdes”); con resistencias y obstáculos psicosociales de todo tipo que dificultan adoptar cambios en los compartimientos y estilos de vida; sin olvidar nuestra natural torpeza en la toma de decisiones (vinculada a la escasa competencia de nuestro cerebro para la estimación de probabilidades en la práctica cotidiana) o las patologías propias de la decisión humana (“fobia a la decisión”, “la parálisis hiperracionalista”, etc.) y, por supuesto, los ya mencionados núcleos de poder y grupos sociales interesados por mantener el *statu quo*.

Demasiadas dificultades como para no desalentar al más voluntarioso, pero que no lleguen a ocultar que, a pesar de su importancia y variedad, donde probablemente nos juguemos a estas alturas la partida sea con la última, porque pocas cosas hay más difíciles que hacer comprender algo a alguien cuando su interés depende de no comprenderlo.

Santiago Álvarez Cantalapiedra